

SARMIENTO: UNA MIRADA A LA PERSONALIDAD Y SU INFLUENCIA EN EL TIEMPO

Guillermo Jorge Parson

Universidad Nacional de Lomas de Zamora

RESUMEN:

En el presente trabajo se desarrollan dos aspectos. En primer término, el deslumbramiento por la escritura de Sarmiento y en ella la potencia, muchas veces desmesurada, de aquél que constantemente coteja su cosmovisión con la testarudez de lo real. La intención es hacer un recorrido por aquellos que escribieron sobre Sarmiento en distintos ámbitos en Argentina.

En las conclusiones se observa que Sarmiento sigue vivo en los albores del siglo XXI, en la vigencia de su prosa y sus inquietudes intelectuales.

Palabras clave:

Sarmiento, lectura, vigencia

ABSTRACT:

SARMIENTO: A LOOK TO THE CHARACTER AND ITS INFLUENCE THROUGH THE TIME

In this paper two aspects are Developer. In the first place, the importance Sarmiento's writings and the potency of it, when constantly compared with reality. It intends to make a review of those who have written about Sarmiento in different fields in Argentina.

In the conclusions, it is observed that Sarmiento still lives in the beginnings of the 21st Century, in the prevalence of his prose and his intellectual researches.

Keywords:

Sarmiento, lecture, prevalence

“... Me parece adivinar aquello que, más allá del político, del ideólogo y del polemista, hace de Sarmiento un escritor: la capacidad, a pesar de la firmeza casi monomaniaca de sus ideas, de dejarse maravillarse por todo lo que en la realidad diversa y adversa las contradice. De esa hospitalidad a lo antagónico nace su literatura. Sus mejores páginas se las debemos, no a sus esquemas a veces rígidos de reformador, sino a su lealtad con lo real”

Juan José Saer

Introducción: De mi parte sólo he puesto la sinceridad

El epígrafe que antecede sirvió de estímulo y grato disparador para las líneas que siguen. En él se resumen los dos aspectos que pensamos desarrollar a continuación. En primer término, el deslumbramiento por la escritura de Sarmiento (no es arbitrario extender dicha fascinación a toda su personalidad, el propio artículo de Saer así lo permite) viendo en ella la potencia, muchas veces desmesurada, de aquél que constantemente coteja su cosmovisión - una erudición teórica despereja y caótica - con la testarudez de lo real; sirviéndole de brújula y reorientadora de aquélla.

Nada más alejado de Sarmiento que la figura del intelectual aséptico o del “alma bella” que observa las malezas del mundo sin ensuciarse las manos en ella. Bien podría caberle el axioma que esgrimía un prosista ruso de fin del siglo XIX, cuando afirmaba: *Si existe alguna relación entre los sueños y la vida, todo va bien* (D. Pisarev). Y en segundo lugar, la cita también es un magnífico ejemplo de la fascinación que la figura del sanjuanino no sólo provocó entre sus contemporáneos, sino también en hombres de la cultura toda, aún - y sobremanera - en el siglo XX.

La intención es hacer un recorrido, tan sólo fragmentario (como no puede ser de otra manera, debido a lo inmenso del mismo), de aquéllos que dentro de nuestro país - Sarmiento excede el marco nacional - y en distintos ámbitos se vieron tentados a escribir sobre el cuyano. Como ya señalábamos, no sólo historiadores, sino también sociólogos, críticos literarios, novelistas, poetas e intelectuales en general; decidieron entablar alguna relación con don Domingo: ya sea ésta de adhesión y admiración como de odio y polémica lacerante. Sarmiento no resultó indiferente a nadie y en gran parte allí reside su encanto.

El gran poeta norteamericano Walt Whitman (si bien contemporáneo del argentino, no tenemos noticia que éste lo conociese) afirmaba que quien tocaba un libro suyo, tocaba un hombre. De los cuantiosos escritos *sarmientinos* - y no es un mérito para nada menor - se puede aseverar exactamente lo mismo.

1 - Que todos participen del festín de la vida

Ya el propio Sarmiento desde su temprano *Mi defensa* como así también en la autobiografía por excelencia *Recuerdos de Provincia*, se mostraba particularmente interesado en sobredimensionar aquellas que consideraba sus virtudes y puntos fuertes, al mismo tiempo que presentaba con tinte elogioso defectos y debilidades que no dejaba pasar por alto en sus ocasionales adversarios. Existía en esos textos además - y en esto obviamente no es enteramente original - la pretensión de vincular los avatares de su propia vida con los del territorio recién emancipado: “fui engendrado en mayo de 1810” solía apostrofar. Ya Hegel recordaba que en los grandes individuos históricos sus propósitos particulares contienen la voluntad sustancial del espíritu de un pueblo y hasta del colectivo universal.

No vamos a realizar un detallado muestreo cronológico- biográfico sarmientino, tampoco es la intención elaborar un riguroso estudio del contexto socio político de las largas décadas de actuación política de nuestro personaje. Nos detendremos sí, en sucesos que marcan su propia formación intelectual e histórica y que tienen debido correlato en el accionar práctico por él emprendido. La doble imposibilidad - por provinciano y por pobre - para acceder a estudios superiores en Buenos Aires, señala una impronta en su vida: la necesidad de forjarse por sí mismo una formación intelectual, alejada de la academia y con un esfuerzo que muchas veces se torna descomunal. Su inquietud por toda forma de conocimiento es amplísima: la sociedad, la economía, la literatura, el teatro y hasta la música entraban en el espectro de las curiosidades que lo motivaban. Pero no eran tiempos de apacibles lecturas ni de elucubraciones metafísicas. La ardua tarea de construir una nación envolvía la lucha entre unitarios y federales: Sarmiento no permanece ajeno a ella. Más por el deseo de participar de la misma - de “mancharse las manos en el barro de lo real” -, que por convencimiento

doctrinario; adhirió a los primeros, y sin embargo, nadie radiografió tan certeramente como él la incapacidad y la soberbia de los unitarios para entender y resolver los males de la época:

“El unitario tipo marcha derecho, la cabeza alta; no da vuelta aunque sienta desplomarse un edificio, habla con arrogancia... tiene ideas fijas, invariables, y a la víspera de una batalla, se ocupará todavía, de discutir en toda forma un reglamento o de establecer una nueva formalidad legal: porque las fórmulas legales son el culto exterior que rinde a sus ídolos” (Sarmiento, 1950, T VII, p.93)

El exilio obligado a Chile marcará la primera impronta central en su cosmovisión. Por un lado el acercamiento a personalidades y el contacto con una república que parece encontrar un orden progresista que él cree ausente en su tierra; por otro la voraz necesidad de incorporar todo lo nuevo que la vieja Europa está realizando en pro del mejoramiento social (ya son clásicas las imágenes del joven barbado lector en las oscuras minas de Copiapó o en la sucia buhardilla de una tienda en Santiago). Pero Sarmiento es pródigo en meter el estileta sobre aquellos aspectos en los cuales cree imperan el servilismo y el atraso - que él relaciona con el pasado colonial -: la ortografía, la educación en general, costumbres y miserias públicas pasan por su cedazo crítico.

Las páginas de varios prestigiosos periódicos trasandinos ofician de presentadores. Años más tarde el mismo Sarmiento lo recordará así “El Mercurio era una especie de revólver. Tum, tum, tum seis tiros a la semana” y le darán la posibilidad de publicar la que sería una de sus obras capitales, el *Facundo* o *Civilización y barbarie*. Mucho se ha escrito sobre dicho ensayo y cientos de páginas pretendieron realizar la hermenéutica del mismo. Es obvia - y el propio autor cuarenta años después así lo reconocía - la endeblez de la dicotomía del subtítulo y el estilo esquemático del que adolece. Cuenta, eso sí, con una virtud inocultable: la de aprehender a ese individuo - caudillo, gaucho, pulpero, estanciero, etc - mediado por el marco social, el cual ineluctablemente lo condiciona. La debilidad, sin embargo, está dada en que en ese marco explicativo, los factores geográficos, naturales - hasta raciales si se quiere - cobran inusitada jerarquía, cayendo en un determinismo que raya el fatalismo. Lo social está pues predeterminado por factores que lo “obligan” a ser lo que es (aquí lecturas iluministas más que románticas, Montesquieu por ejemplo, parecerían estar en ella); pero a su vez va a ser la

sociedad quien explique la política y en ello sigue los escritos históricos de Guizot. Es el primer intento por realizar un estudio omnicomprendivo de la sociedad y el individuo rioplatense, unido a un proyecto político que obre como antídoto para los males que aquélla padece. El viaje a Europa significará otro corte visceral en su interpretación de la realidad y los proyectos que para ésta cobijaba. La desilusión no es menor, en especial con Francia en donde “las mujeres no tienen acceso a los colegios normales y los míseros proletarios vagan por sus calles” y es allí donde cobra sentido la cita del comienzo: *de esa hospitalidad a lo antagónico nace su literatura* y prepara un giro copernicano en su concepción.

La firme adhesión a los postulados liberales en lo político se mantiene inalterable, pero ahora la problemática social asoma con fuerza y se constituye en el obligado complemento de aquéllos: “Fourier, Cabet, Owen, en síntesis: el socialismo. Eso es lo nuevo” le escribe entusiasmado a un amigo en ese magnífico cuaderno de bitácora que son sus *Viajes*. Claro está que nada hay más alejado del cuyano, que las ideas revolucionarias de un Blanqui por ejemplo, y que al mismo tiempo que proclamaba lo anterior miraba con cierta desconfianza las barricadas parísinas del 48. Pero *su lealtad con lo real* y el *maravillarse con ésta aun en su adversidad y contradicción* recorren dicho texto, que presenta un fresco inigualable de diversas sociedades decimonónicas en donde los antagonismos no se ocultan ni enmascaran, aunque no se acierte a definir con claridad la génesis de su conformación.

Este Sarmiento que está a punto de llegar a los Estados Unidos, parece sintetizar una máxima renacentista, aquélla de “obrar para conocer y conocer para obrar”. Y será precisamente el joven país del norte quien comience a reemplazar el modelo que simbolizaba hasta allí la Francia de la gran revolución. Progreso material para un gran número e instituciones republicanas consolidadas, corporizado a través de la educación pública y un reparto más equitativo de la tierra; ellos parecen ser los hacedores del “milagro”. Un texto de 1849, ya vuelto a la patria de O’Higgins, parece resumir lo anterior:

“La condición social de los hombres depende muchas veces de circunstancias ajenas a su voluntad. Un padre pobre no puede ser responsable de la educación de sus hijos; pero la sociedad en masa tiene interés vital en asegurarse de que todos los individuos hayan por la educación recibida en su infancia, preparándose suficientemente para desempeñar las

funciones sociales a que serán llamados. El poder, la riqueza y la fuerza de una nación dependen de la capacidad industrial, moral e intelectual de los individuos que la componen; y la educación pública no debe tener otro fin que el aumentar estas fuerzas de producción, de acción y de dirección, aumentando cada vez más el número de individuos que las posean” . (Sarmiento, 1950, T XI, pp. 34-5)

La creación del Ejército Grande producto de las contradicciones entre los propios sectores hegemónicos de la sociedad rioplatense y lusitana, lo impulsa a formar parte del mismo en aras de ver realizada la caída del hombre fuerte de Palermo. Otra vez aquí su personalidad suscita odios y amores: desde su vestimenta hasta los juicios lapidarios que formula bajo el “inventado” cargo de boletínero, lo muestran nuevamente en su juego preferido, aquél de materializar sus castillos de aire faústicos. En una de sus páginas dirá con marcada reminiscencia hegeliana: “escribo como medio y arma de combate, ya que combatir es realizar el pensamiento”.

La resolución política de Caseros no lo conforma plenamente y se autoimpone un exilio a su conocido Chile. Esto abre una década de grandes y graves tensiones entre sus postulados y la necesidad de plasmarlos en la realidad, si bien el fin de esta etapa lo encontrará gobernando en su provincia natal y posteriormente al país todo. Pero si algo ha comprendido Sarmiento es que las grandes empresas políticas requieren de actores sociales, vehículos que las logren hacer efectivas, si no quieren permanecer en la mera fantasía. Por allí pasa su preocupación, no siempre claramente expuesta en sus obras, pero sí en su correspondencia: “Estoy solo, no represento a nadie, eso que puede parecer síntoma de fortaleza es hoy mi máxima debilidad” (Carta a Posse) y ese cuadro de situación lo sume en la inacción, fatal para una personalidad como la suya. Aquí nuevamente su epistolario nos muestra esto con suma claridad: “Vivo solo como un presidiario que guardan Alberdi y su club... Ustedes viven en las agitaciones del foro, de la tribuna, de la prensa y del campo de batalla, viven, que eso es vivir”. Alberdi, siempre lúcido y premonitorio muchas veces, le dirá en una de sus cartas quillotanas: “No es la resistencia, señor Sarmiento, lo que deben enseñar los buenos escritores a nuestra América española enviciada en la rebelión; es la obediencia”.

Grosso modo dicho, los sectores dominantes de la Argentina post independentista eran “hermanos siameses” unidos por miles de lazos umbilicales, lo que no evitaba choques y enfrentamientos entre los mismos. Estancieros, terratenientes, comerciantes librecambistas ligados al mercado externo y usufructuarios de las rentas aduaneras de las cuales se apropiaba la ciudad puerto. Un sector similar en la zona del litoral que se ve impedido de acceder libremente a dicho mercado y levantará como bandera la libre navegación de los ríos arrastrando en su “fervor antiporteño” a las regiones del interior, sufrientes por las terribles consecuencias de aquéllo, y que se expresa en la muerte de sus primitivas industrias.

A riesgo de ser reduccionistas, señalemos que el estado de Buenos Aires con Mitre, Anchorena, Obligado y Alsina son la expresión política de los primeros; mientras que la Confederación con Urquiza, Derqui y Alberdi lo son de los segundos. Sarmiento a pesar de su encono nunca disimulado hacia la oligarquía porteña (“esa aristocracia con olor a bosta de vaca” como una vez la vituperó) decide unirse a ella para poder así contar con la apoyatura social que necesitan sus proyectos. Dicha alianza no va a estar libre de pujas y animadversiones, pero es en este momento en donde priman en Sarmiento los rasgos de *sus esquemas rígidos* como decía Saer, que lo llevan a realizar sus acciones y palabras más desgraciadas: desde aquella admonición de “no ahorren sangre de gauchos”, hasta el visto bueno a ese crimen que debería llenarnos de vergüenza, como es la guerra del Paraguay.

Pero lejos estaba Sarmiento de ser un pragmático acrítico, un personaje *falstaffiano* que navega placidamente sobre las encrespadas olas de la realidad. La ruptura con dicho sector va a ser inevitable. La ironía de la historia es que esa misma oligarquía (algo muchas veces ocultado por la historiografía liberal) no sólo no dio las gracias por los servicios que aquél les había prestado, - mientras le abortaba iniciativas parlamentarias que afectaban sus intereses o realizaba golpes de estado contra su sucesión presidencial - sino que le endilgó el mote de *loco, viejo chocho*, etc, cuando el sanjuanino poco menos que les gritaba desde su banca en el Senado “que las vacas gobiernan la política argentina y que él era Don Yo, ante quien habían reculado los más indómitos caudillos del pasado y el presente”.

La creación de “El Censor” es un arma más para combatir al régimen, que en la figuras de Roca y su cuñado, simboliza para su visión, el retroceso y la corrupción generalizada. En unas

líneas que le envía a Mary Mann, sus apreciaciones llegan al desgarramiento: “Más bien parece que volvemos atrás como si la generación presente, creada en seguridad perfecta, perdiera el camino.. Sinceramente ya no sé de que lado está la barbarie y de cual la civilización”. La fundación del Partido Republicano, el acercamiento con jóvenes que estarán en la conformación de la Unión Cívica y la Revolución del Parque, parecen ser las últimas realizaciones de aquél que como treinta años antes le reprochara Alberdi, seguía predicando la resistencia y el inconformismo en lugar de la obediencia ciega y la pusilanimidad.

Recorrer la figura de Sarmiento entonces, como ya alertamos desde el comienzo, es una empresa inagotable. Su ethos vital comprende un sinfin de actividades y prácticas intelectuales. Entenderla es recordar que nadie puede escapar a los condicionamientos que su propio contexto - lugar, momento histórico, clase social, etc - le marca. De diversa manera *todos somos hijos de nuestro tiempo*. Sarmiento no fue la excepción, pero él pareció sintetizar (en su voluminosa obra y más aún en su práctica política social), dichas limitaciones, poseyendo la conciencia - a veces ensombrecida - de las tensiones que las recorren y la batalla desproporcionada por revertirlas. Muchas de sus propuestas hoy son anacrónicas pero no así muchos de sus interrogantes y los problemas a resolver que ya se visualizaban en pleno esplendor ochentista. Es allí en donde radica su grandeza y lo convierte, increíble y paradójicamente, en nuestro contemporáneo. Un fragmento del que puede ser considerado su testamento, es una cabal muestra de lo que decimos, y una comprobación más de la sensibilidad que transmite su prosa (¿sirve de algo la mera racionalidad si carece de sentimiento? se preguntaba el mismo Sarmiento en una de sus cartas):

“He escrito algo bueno entre mucho indiferente; y sin fortuna que nunca codicié, porque era bagaje pesado para la incensante pugna, espero una buena muerte corporal, pues la que me vendrá en política es la que yo esperé y no deseé mejor que dejar por herencia millones en mejores condiciones intelectuales, consolidadas sus instituciones, surcado de vías férreas el territorio, como cubiertos de vapores los ríos, para que todos participen del festín de la vida, del que yo gocé sólo a hurtadillas”. (Belin Sarmiento, 1929, p. 188)

II - Sombra terrible... voy a evocarte__

Creemos no exagerar si afirmamos que Sarmiento es la figura histórica sobre la cual más se ha trabajado. Interpretaciones y exégesis de su vasta obra (recordemos que ésta consta de 52 volúmenes en la edición de Belin, la definitiva aún por realizar, puede hasta doblar dicho número), evocaciones de tipo escolar - himno, escultura y film incluidos -, biografías académicas y de divulgación, referente obligado de la literatura argentina y hasta personaje histórico - ficcional, así lo atestiguan. Es que la misma excedió el inevitable análisis histórico o sociológico para ser abordada por escritores, filósofos, poetas y artistas en general. Precisamente este último aspecto es el que lo hace más fascinante. Sobre ello en gran medida incursiona esta segunda parte. Toda enumeración en lo que a esto refiere debe - y de hecho ésta no estará libre de ello - pecar de olvidos involuntarios y producciones que el autor ignora. Comenzaremos señalando la propia visión de personalidades que actuaron a su lado en la vida política y muchos de ellos no precisamente como “compañeros de ruta” de su quehacer cotidiano. La preocupación de Rosas por la “cuestión Sarmiento” - así la había denominado en la Legislatura de 1849 - seguía existiendo en el lejano exilio británico, cuando al momento de asumir aquél la primera magistratura del país, escribía “Su programa es opuesto al sentimiento de la mayoría en las repúblicas de América” (Cartas del exilio). Sarmiento para él seguía siendo Europa y el Viejo Mundo era ahora la añoranza de las monarquías pretéritas, la inestabilidad gubernativa, la anarquía de la Comuna.

El Salón literario y la Asociación de Mayo con tertulias que recorrerán tanto Buenos Aires como el San Juan sacudido por guerras civiles, tiene en el inquieto y prolífico *Esteban Echeverría* a su exponente mayor. El exilio montevideano luego del rechazo tutelar que el Restaurador de las Leyes le propina, lo acerca a la lectura del *Facundo* y hallaremos en él expresiones sobre la obra y su autor: “Ésta da la clave para la explicación de nuestros fenómenos sociales” y en cuanto a su creador cree hallar en él “buenas dotes de historiador; sagacidad para rastrear los hechos y percibir su hilación lógica; facultad sintética para abarcarlos, compararlos y deducir sus consecuencias necesarias; método de exposición dramático; estilo animado, pintoresco, lleno de vigor, fresca y novedad”.

Alberdi, como vimos enfrentado muchas veces políticamente con el sanjuanino (aunque al igual que *Echeverría* provengan del mismo tronco: el liberalismo romántico de la generación

del 37), también hallará en éste el modelo de lo que él entendía como equivocado e inconducente con las necesidades del país que se intentaba formar. Se cruzarán cartas llenas de iracundia: en una de las más conocidas, lo moteja de *intelectual bárbaro* calificativo que no desagradó a aquél y que Sarmiento utilizó inclusive en debates con sus ocasionales enemigos. Sus posturas incongruentes en relación al federalismo por ejemplo, serán una de las no pocas críticas que éste le realiza. Sin dudas posee el tucumano entre sus muchos méritos (modelo de otro tipo de intelectual), el de ser uno de los primeros que objetó la reducción que significaba la dicotomía civilización - barbarie en el esquema del *Facundo*. A riesgo de caer en simplismos explicativos, pensamos que lo que para Alberdi es debilidad, conforma una de las cualidades más pronunciadas del sanjuanino.

Mitre también se servirá de su variada pluma para estigmatizar a Sarmiento. El calificativo de *loco* junto al de *pobre hombre* son usados recurrentemente para referirse a la desobediencia que el ex gobernador de San Juan esgrimía en medio de su gobierno cuando asistía a un congreso educacional realizado en Lima, por tomar un ejemplo. No faltan tampoco los títulos de “*dictador y personaje fraudulento*” en ocasión del propio golpe que el escritor porteño intenta dar en 1874 contra la candidatura recientemente electa de Avellaneda, ministro del cuyano. Hacia la misma época, *José Hernández*, quien había creado un periódico en Entre Ríos en donde critica la acción gubernativa sarmientina junto a la primera parte de su obra magna, tiene palabras encendidas - pero a la vez de profunda admiración - para con aquél. *José Pablo Feinmann y Tulio Halperin Donghi* supieron ver bien (aún desde miradas historiográficas disímiles) los puntos de unión y de ruptura entre los dos más grandes escritores de esta tierra en el siglo XIX. Ya volveremos sobre ello.

Los encontronazos del sanjuanino con la iglesia y sectores ligados a ella, lo llevan en su lucha contra “la escuela ultramontana” a ironizar y despedir sus dardos casi sin piedad. La respuesta no se hace esperar y allí también hallaremos expresiones y adjetivaciones para con el sanjuanino. *Pedro Goyena, José M. Estrada*, y hasta el arzobispo *Aneiros* se despacharán “a gusto” sobre el *infiel, hereje y desvergonzado* Sarmiento.

Ya en el terreno historiográfico la lista es inmensa. Entre las obras biográficas clásicas, y dentro del amplio espectro que podríamos denominar como liberal, se hallan la de *Alberto*

Palcos “Sarmiento. La vida, la obra, las ideas. El genio”, ejemplo de relato laudatorio que contiene abundantes fuentes documentales. Fiel exponente de lo que algunas corrientes denominaron la “línea Mayo - Caseros”, allí la actuación de Sarmiento es monolítica, sin fisuras e igual a sí misma durante sesenta años de actuación política. Más matizada y con la misma fidelidad documental, es la de *José Campobassi*: “Sarmiento y su época” que contextualiza en forma más exhaustiva el periplo doctrinario de su biografiado - el título es un buen ejemplo- y deja entrever las disidencias con la elite gobernante que éste mantuvo hacia el final de su vida, aunque no desarrolla esa problemática en profundidad. *Enrique Anderson Imbert* en su “Sarmiento, genio y figura” acentúa la personalidad multifacética del personaje y encuentra rasgos de genialidad, entendida ésta como anticipatoria tanto en relación a sus pares como a la época misma. Historia, arte y ciencia forman el triptico en el que se apoya.

No por menor - esto dicho en relación a su extensión - deja de ser una de las mejores biografías integrales y conceptuales sobre el sanjuanino, la de *Natalio Botana*: “Sarmiento una aventura republicana” que forma parte de una colección mayor (“Los nombres del poder”) y que combina una excelente edición gráfica - fotos, caricaturas, etc - con un apéndice documental, una pormenorizada cronología y una sección en donde se incluyen algunos juicios sobre la figura en cuestión. Ya en 1984, el mismo autor se acercaba al sanjuanino en su obra “Alberdi, Sarmiento y la tradición republicana”. Su constancia en la lucha por garantizar instituciones republicanas en la nación recién constituida marca el derrotero de su trabajo y entre las no pocas conclusiones hay una que señala: “no tuvo más tiempo para abundar en la solución que él creía factible: una república movida por ciudadanos propietarios con libre acceso a la tierra y a la educación”

También existen aquellas obras que toman un determinado aspecto de la actuación de Sarmiento y que constituyen trabajos de real interés. Dentro de ese amplio abanico, la obra “La política agraria de Sarmiento” de *Natalio Pisano* es realmente interesante. Contextualiza el medio y las ideas que influyen en éste hasta llegar al proyecto de reparto de tierra - minifundio lo denomina - que lleva a cabo en Chivilcoy y que constituye su “programa de gobierno nacional”. Las resistencias que ocasiona y los obstáculos a vencer para poder

concretarlo son muchos. El libro da cuenta de ellas e incorpora un copioso material documental que intenta probar dicha hipótesis.

Felix Weinberg en un texto que recoge artículos y conferencias, aborda también el tema agrario e industrial y fundamentalmente el estudio de distintas ideas en el plano social que incidirán sobre Sarmiento y en donde se observa claramente el proceso disruptivo del mismo. Una de sus conclusiones es que “Las alteraciones de fondo propuestas en la estratificación social y el desarrollo económico implicaban con todas sus limitaciones y distorsiones quedaban echadas las bases para que en los años siguientes continuara el proceso a impulso de nuevas fuerzas sociales”.

Para muchos *Adolfo Saldías* sienta las bases de lo que sería la primera “revisión” de la historiografía liberal que Mitre y Vicente Fidel Lopez habían dado forma en la mitad del siglo XIX. Este historiador tenía relaciones cordiales con Sarmiento y en su “Historia” el propio papel del sanjuanino no es igualado al de Mitre o Rivadavia y aquí también es su “desbordante personalidad” la que torna difícil cualquier encasillamiento permanente. Pasa algo similar con David Peña, historiador menospreciado por la Academia quien dictará conferencias sobre Quiroga que terminarán conformando un “Anti Facundo” en donde la propia figura del riojano cobra estatura precisamente por la grandeza de su biógrafo.

El revisionismo histórico, también marcado por tendencias y clivajes en su interior, harán de Sarmiento un blanco especial de sus críticas. Desde *Ernesto Palacio*, pasando por *Arturo Jauretche*, hasta *José María Rosa* y *Fermín Chávez* (sin olvidarnos de un ala más de izquierda encarnada en *Ortega Peña* y *Eduardo Duhalde* junto a *Hernández Arregui*) pecarán de cierto maniqueísmo y presentarán a la Argentina del Centenario y aquella que sucede al peronismo, como productos del pensamiento “europeísta y anti nacional” que simbolizó más que ninguno el autor de *Facundo*. En una forma indirecta, también eso demuestra - y muchos de ellos así lo reconocieron - la enormidad de la figura política de su criticado, aunque más no fuese como expresión de todos los “males y zonceras argentinos” que ésta sintetizaba.

El marxismo criollo no escapó a la fascinación sarmientina y también conoció juicios dispares dentro de su “amplio cobijo” doctrinario. El grupo de historiadores de raigambre más ortodoxa - entendida ésta como más cercana a Moscú - en muchos de sus trabajos se confundió con la

línea interpretativa liberal y la figura de Sarmiento no ganó precisamente en vivacidad y *en maravillarse por la realidad que lo contradice* para volver a Saer. *Rodolfo Puigros, Leonardo Paso, Héctor Agosti* - mucho más matizadamente - grafican dicha postura (ya veremos cómo lecturas de Ingenieros y su discípulo Ponce están en dichos juicios).

Otro sector, crítico de la visión que ellos entendían como “esclerosada y stalinista” del Partido Comunista y su grupo de historiadores replantearán el esquematismo que creían observar en dichas posturas. Sin dudas *Milcíades Peña* es uno de sus más claros expositores. Su trabajo al igual que la mayoría de esta corriente (*Puigros* será hacia el final de su vida una excepción, que se combina con una asimilación al peronismo setentista) se realiza por fuera de la labor universitaria. El intento por lograr una historia integral de la Argentina desde la conquista al segundo gobierno de Perón toma forma en sus escritos. Allí pues la figura de Sarmiento - y más aún Alberdi - cobra dimensiones distintas ya que simbolizaría la posibilidad (frustrada y conocida por ellos dicha frustración) de un nuevo proyecto de país que carece de ejecutores sociales y políticos. De allí su *tragedia*, término que *Peña* recoge del primer Lukács.

Otra figura clave de este grupo será la de *Luis Franco*. Prosista, poeta - bendecido por Lugones, Banchs y Arlt entre otros - , cuentista y ensayista histórico; de escritura punzante y bella a la vez. A la muerte de su amigo *Peña* termina el volumen que correspondía precisamente al sanjuanino; figura que se constituirá en fuente constante de reivindicación para su obra. La tarea es rescatar a Sarmiento no sólo de sus detractores (eso sería relativamente fácil) sino fundamentalmente de algunos de sus apologistas, dirá en un prólogo a los textos fundamentales del sanjuanino. Aún con sus gruesos errores y limitaciones en Sarmiento se sintetiza según él, toda la voluptuosidad de lo nuevo que arremete contra lo viejo y que tendrá en los sectores dominantes el principal dique de contención a sus realizaciones. En pocos textos se observa como en éstos, la riqueza del personaje: desde su bien entendido apego al gaucho, hasta la pasión por la flora, la fauna, el arte, la amistad, el amor, el laicismo, la formación integral ciudadana y su praxis. En esa panoplia de intereses estriba su fuerza y su vitalidad

Un caso particular será el de *Jorge Abelardo Ramos* que si bien ligado a este grupo, realiza un giro hacia posiciones más bien nacionalistas y de apoyo manifiesto al peronismo. Su defensa

de Rosas - pero también de Roca - y del primer peronismo - pero también de Menem de quien fue embajador - nos dan cuenta de su peculiaridad. En sus obras también intentó reescribir la historia nacional desde el pasado colonial y en ella, Sarmiento fue incluido en el panteón de los anti héroes liberales. Sin embargo (nuevamente) su personalidad lo haría diferente y si se quiere en cierta manera reivindicable: “Sarmiento no ofrece el espectáculo mediocre de Mitre. Estamos frente a un hombre contradictorio, vital, creador y provinciano al fin”

La gran camada de historiadores cuya producción, en su mayoría, se lleva a cabo en la segunda mitad del siglo XX y que está sí ligada a la academia; visualizará en Sarmiento un modelo de hombre público y con visiones cuasi geniales. *José Luis Romero* sin dudas el “padre” de todos ellos, ensaya los elogios más fervorosos a la figura del sanjuanino y en especial del **Facundo** (*historia profunda* dirá de dicha obra y símbolo de aquel que *ha llegado a la entraña de la historia* opinará de su autor). Su hijo *Luis Alberto* y en especial *Tulio Halperín Donghi* trabajarán sobre el mismo eje y con el acento puesto en la construcción de un estado nacional como tarea a realizar y en la cual Sarmiento tiene mucho que decir y aportar. Para este último autor el mejor Sarmiento es el de sus últimos años: “*el de la polémica sobre inmigración y sobre enseñanza laica*”. En *Halperín* - y aquí se diferencia en cierta forma de *Botana* - Roca capitaliza las ideas de Alberdi, quien es entonces el que triunfa. La excepcionalidad argentina (y en ella Sarmiento) está dada porque los proyectos de intelectuales para construir la nación, no está “realizada” sino que va a “parecer” estar configurada. El programa sarmientino fracasa - a pesar de ser realista - porque la elite económica social y la realidad económica que lo ha creado así lo quieren. Junto a esta pléyade de historiadores se hallan otros que encarando globalmente aspectos centrales de nuestra historia, se refirieron a la figura del sanjuanino intentando una síntesis interpretativa entre aquellas más esquemáticas y anacrónicas. Entre ellos podemos mencionar a *Hilda Sabato*, *Ezequiel Gallo* y *Roberto Cortés Conde*, *Noemí Goldman*.

En estrecha vinculación con la historia; sociólogos, científicos políticos e historiadores de la cultura también escribieron sobre Sarmiento. *José Ingenieros* será uno de los precursores. En la temprana década del diez, obras como “La evolución de las ideas en Argentina” y

fundamentalmente “El hombre mediocre” presentan al Sarmiento liberal y reformista en su más amplia acepción. El pasado colonial, oscurantista y feudal - siempre según el autor - es el enemigo a vencer: su tarea pues es ciclópea. La educación y la ciencia serán las herramientas del cambio. La “mediocridad” general - vista ésta como producto del medio geográfico y social encarnada en todo un sector social que detenta el poder - son los frenos a la amplitud de miras del sanjuanino que escapa a dichos condicionamientos y toma la estatura de un “genio incomprendido”. El positivismo y la adopción de cierto marxismo que en realidad está más cerca de un materialismo vulgar, se hallan presentes en dichas teorizaciones.

Anibal Ponce, discípulo de aquél continuará dicha temática, pero con mayor plasticidad y no siguiendo perspectivas tan lineales. “Sarmiento constructor de la Argentina” y el más tardío “La vejez de Sarmiento” son sus hitos. Especialmente en este último observa una continuidad dentro de las rupturas teóricas que van moldeando su formación: ésta se halla en la permanencia de su “*ardor combativo casi juvenil*” expresado fundamentalmente en la lucha con las tendencias ultramontanas imperantes y que para él conforman un cuadro si se quiere imponente. Como ya mencionábamos, los autores marxistas beberán de esta fuente lo que servirá para su conceptualización del autor de “*Conflictos...*” como la expresión de una “burguesía nacional” que aún en el siglo XX tenía tareas pendientes que realizar en consonancia con el pasado - y el tipo de conquista: feudal - que el territorio sufrió.

Ezequiel Martínez Estrada poeta en los veinte, se vuelca al ensayo sociológico en los treinta con su celebrado “Radiografía de la Pampa”. Un liberalismo aggiornato, sumado a tintes existencialistas y una afición marcada por pensadores que pueden resultar antitéticos como Marx y Nietzsche marcan su periplo intelectual. Su libro “Sarmiento”, fiel al estilo llano que lo caracteriza, sin aporte de largas citas o fuentes documentales, presenta al argentino como un producto más de esta región del mundo; “telúricamente” marcada por su geografía y contra la cual la vastedad y hondura de las ideas sarmientinas (como la de otros latinoamericanos) chocará inevitablemente.

Ligado al estudio de la historia de las ideas, *Oscar Terán* no dejará de remarcar la impronta que el propio accionar político y teórico de Sarmiento dejará en sus contemporáneos y en autores y corrientes posteriores (*Ingenieros* será la expresión máxima de ello). También

señalará el viraje entre la concepción determinista - romántica del *Facundo* y la que se tiñe de un positivismo científicista (con rasgos fuertemente racistas) en obras como *Conflictos y armonías de las razas en América* o en el discurso de homenaje a Darwin. También dentro de este ámbito temático, *José Szabón* realizará una interesante analogía entre el *Facundo* y el texto de Engels “La situación de la clase obrera en Inglaterra”, ambos escritos en 1845 y en donde él cree hallar una misma dialéctica de progreso histórico. La antinomia sarmientina se trocará en el alemán en aquella de “socialismo o barbarie”, porque ambas buscan y creen hallar en una nueva organización social, aquel ordenamiento que “reparará los agravios y restituirá finalmente, la dignidad humana”. La raíz hegeliana de los dos autores (en el argentino. vía Cousin en realidad) permite dicha correspondencia. Finalmente, *Dardo Cúneo*, en otra muestra de la versatilidad de los juicios sobre el sanjuanino; vinculará su figura a las corrientes españolas que van desde Larra y llegan hasta la generación del 98 y en especial a Unamuno. Ambas figuras son “... fuerte y hondamente españolas” y lucharán denodamente por llevar a la modernidad a sus respectivos pueblos dejando en el olvido sus rémoras medievales, lo que los convierte en “*Quijotes de los tiempos nuevos*”.

Un gran arco que cubre desde científicos políticos hasta investigadores de la cultura, cuando abordan la problemática de la constitución y formación de la nación, no dejan de mencionar la gravitación de Sarmiento; ya sea encarando dicha labor “ostentando” el poder como desde el llano. *Oscar Oszlak*, *Dardo Scavino*, *Maristella Svampa* son algunos buenos ejemplos de esto. Desde otro ámbito, *Beatriz Sarlo* encuentra en la gigante figura de Sarmiento que ésta “no siente el pudor del yo” y ante la carencia de riqueza material, proclamará con desmesura su “fortuna cultural” labrada a golpes de vencer resistencias y fundamentalmente aquéllas encarnadas en la tradición y el dinero.

Particularmente sugerentes y profundas, son las apreciaciones de otro escritor encuadrado dentro de la izquierda peronista, nos referimos a *José Pablo Feinmann*. Gran conocedor de Hegel y Marx, el autor de “Filosofía y Nación” emparenta a Sarmiento con éstos; no sólo por su visión teleológica de la historia - munida ésta de un fuerte eurocentrismo - y que lleva ineluctablemente a la senda de la Razón y el Progreso (así con mayúsculas), sino fundamentalmente porque el sanjuanino “*desarrolla una concepción de la historia como*

conflicto". Sin embargo ese europeísta, nos dió con el **Facundo** el más grande texto de "indeliborada autenticidad nacional". Entiende también que el error de Sarmiento, fue equiparar a la burguesía porteña - que buscaba el exterminio del oponente, el gaucho, no su asimilación - partera de un país que no se eleva a nación, sino a mera semicolonía agraria del centro imperial; con la burguesía yanqui que muy por el contrario se apropió de la tierra como medio de producción, para luego industrializar apoyándose para ello en un fuerte mercado interno. Agregamos nosotros, que ese error fue quizás inevitable. No por ello, menos trágico, claro está.

III - El escritor que deja que el fondo domine y sofoque a la forma es un impotente, y el que deje que la forma domine y sofoque al fondo es un charlatán

Pasar a las visiones que Sarmiento despertó en literatos y escritores de la más amplia diversidad y observar la fascinación que provoca, nos sitúa en uno de las temáticas centrales de la que hacíamos referencia en la introducción. Al conmemorarse el centenario de su nacimiento, el escritor más reconocido e influyente del en ese momento "granero del mundo", decide celebrarlo con una biografía de fuerte tono apologético. *Leopoldo Lugones* lo asemeja a una montaña andina, hérculea y majestuosa. Desparramará metáforas que llegan a la grandilocuencia para convencernos de la genialidad de su biografiado. El franco - porteño *Paul Groussac*, otro referente de las letras argentinas de las primeras décadas, también mostró su admiración por **Facundo**, al que consideró el mejor libro escrito en Sudamérica en el siglo XIX y a su autor "indomable, excesivo y ultrajante" como uno de los pensadores excluyentes del siglo que acababa de iniciarse.

Ricardo Rojas uno de los primeros que intentó llevar a cabo una historia de las letras argentinas - y literato él además - escribió una de las más particulares biografías de Sarmiento, y a la vez más ejemplificadora de una visión puesta al "servicio de". "El profeta de la pampa" acompaña el ideario liberal de su personaje, que se oscurece en sus realizaciones y "profecías" a medida que se acerca a la vejez. La crítica al roquismo, su lucha por la enseñanza laica y los encontronazos eclesiásticos serán para él "chocheras propias de la ancianidad". El "Sarmiento oficial" no puede presentar críticas hacia aquellos que

construyeron la Argentina del Centenario y que concitan el elogio de los poetas modernistas como Rubén Darío o la admiración de la más rancia estirpe liberal como Clemenceau. *Rojas* es tributario aquí de esa mirada retrospectiva. Digamos sí en su favor, que fue uno de los pocos que lo leyó realmente. *Manuel Gálvez* que de un apoyo al yrigoyenismo pasó a posiciones cada vez más nacionalistas en el sentido más reaccionario del término, comparó la fortaleza de Sarmiento con la de aquellos reformadores que seguían a Lutero en el siglo XVI. De *Jorge Luis Borges* se recuerdan su exuberante erudición y su calidad literaria. Menos soslayada es su fascinación por Sarmiento, no sólo por su esquemática y casi siempre maniquea interpretación de la historia argentina en donde el sanjuanino ocupa quizás el pedestal más alto; sino por su escritura y personalidad demiúrgica. A pesar de sus múltiples elogios para con el “Martin Fierro”, opinaba que nuestro destino sería mejor si hubiésemos adoptado el *Facundo* como poema nacional y veía en el personaje sarmientino al *más memorable de nuestras letras*. Pero no se piense que el deslumbramiento por la prosa del sanjuanino obedezca al estilo cuidadoso y preciosista que éste pudiese ostentar. Nada de eso y *Borges* lo sabe bien:

“No hay una de sus frases, examinada, que no sea corregible; cualquier hombre de letras puede señalar sus errores; las observaciones son lógicas, el texto original acaso no lo es; sin embargo ese incriminado texto es eficazísimo, aunque no sepamos por qué. A esa categoría de escritores que no puede explicar la mera razón, pertenece nuestro Sarmiento... No significa que el arte idiosincrásico de Sarmiento es menos literario que el de otros, menos puramente verbal; significa, que es demasiado complejo - o acaso demasiado sencillo - para el análisis. Su virtud es la eficacia: cualquiera puede corregir lo escrito por él; nadie puede igualarlo”. (Borges, 1975, p. 129)

Arlt no hace referencia explícita al sanjuanino en ninguno de sus textos - ya sean éstos de ficción o crónica periodística - si bien algunos de sus extensos comentaristas, ubican palabras elogiosas sobre él cuando éste se vinculó a personajes del socialismo nacional que asistían al Teatro del Pueblo. Sin embargo muchos puntos de unión parecen existir entre ambos: su origen social, la fuerza de su prosa y en especial sus certeros estiletaos que parecen sacudir tradiciones y costumbres enmohecidas. *David Viñas* quien reseñó la historia de la literatura

argentina con un fuerte anclaje en lo social, llegó a afirmar que “en la literatura argentina sólo hay dos tipos a los que se les puede llamar geniales: Sarmiento y Arlt”. Opinaba que el maniqueísmo en la apreciación de su figura caracterizaba a las visiones liberal y revisionista y pedía en cambio que “hay que proponer un Sarmiento que ángel ni demonio: ‘Nuestro Sarmiento’ es más ambiguo que todo eso; más histórico, contradictorio y concreto. Que muy poco tienen que ver , por cierto, con canonizaciones como las que oficialmente proliferan en este país”.

Ricardo Piglia, escritor y crítico literario, considera al sanjuanino como uno de los escritores que por su forma y calidad de prosa lo convierten en únicos. No sólo en sus obras sino también a través del dictado de seminarios y cursos en distintas universidades, ha abordado la figura de Sarmiento. En la ficción su “alter ego” Emilio Renzi cree descifrar el mensaje del exiliado argentino cuando escribe en francés sobre la roca una famosa frase y lo hace citando mal. Allí: “es el momento en que quiere exhibir y alardear con su manejo fluido de la cultura europea, todo se le viene abajo, corroído por la cultura y la barbarie. Vemos como prolifera esa erudición ostentosa y fraudulenta, esa enciclopedia falsificada y bilingüe”. El *Facundo* será para *Piglia* esa obra “inclasificable” imposible de encasillar y que en realidad es una “novela de ficción escrita como si fuese verdadera”. Su inexcusable carácter político no va en detrimento de su forma, sino por el contrario la torna superlativa. Entre otras muchas, en este rasgo se asienta la grandeza de Sarmiento “La literatura trabaja la política como conspiración, como guerra; la política como gran máquina paranoica y ficcional. Eso es lo que uno encuentra en Sarmiento, en Hernández, en Lugones, en Arlt... La política como el sueño loco de la civilización en Sarmiento”. Algo muy similar ya señalaba *Noe Jitrik* sobre el sanjuanino. En una línea de análisis muy parecida, *Juan José Saer*, en especial en “El río sin orillas”, examina desde el lente del viajero que regresa (radicado en Francia hace décadas) los grandes problemas del litoral y la Argentina toda desde su temprana conquista. También al igual que *Piglia*, el conocimiento histórico y su permanente imbricación con lo ficcional recorren su obra; más allá de algunas esquematizaciones , mantiene una constante tensión entre los condicionamientos sociales y la realización de aquellos que tuvieron que ver con el entramado

de su proceso histórico. Sarmiento, a veces implícita y otras no, es una presencia insoslayable del mismo.

Ernesto Sábato no pudo tampoco sustraerse al genio del sanjuanino. Lo rescata de lo que para él es un iluminismo científicista y junto con Alberdi encarnará el tipo de intelectual contradictorio, visionario e incomprendido. Si bien en sus primeras obras la figura de Sarmiento y su *Facundo* están desparejamente presentes, será en un trabajo de 1979 donde se puedan leer una de las páginas más sentidas hacia aquél:

“Sí, sigamónos riéndonos de Sarmiento, sigamos arrojando bombas de alquitrán contra sus estatuas - hasta tal punto somos poderosos y perdurables en el resentimiento, casi en lo único que somos - , tomemos en broma a las maestrías... pero señalemos que los que sonrían irónicamente y hasta los que abiertamente se ríen no son pobres gentes de pueblo, sino intelectuales formados en las escuelas inventadas por aquel loco”. (Sabato, 1979, p. 102)

Algo similar a lo que ocurría con *Arlt*, va a suceder con otro escritor paradigmático de la segunda mitad de siglo en Argentina: *Rodolfo Walsh*. Si bien el sanjuanino no forma parte del “universo” perteneciente al autor de “Operación Masacre” (abordó fundamentalmente la historia del siglo XX y en sus esporádicas menciones al siglo anterior, se desprende su alineamiento con las fuerzas opuestas al sanjuanino y más cercano a la línea revisionista - peronista) muchos vieron cierta consonancia entre su vida y su escritura y la del autor de *Argirópolis*. También - aunque resulte exagerado - se intentó trazar un paralelo entre la obra máxima del sanjuanino y *Operación*, aduciendo que ésta era el *Facundo de este siglo* (Bayer). El uruguayo *Eduardo Galeano*, poeta popular y novelista ligado a la izquierda de aquel país; en su trabajo literario de mayor contenido histórico, y que influenció a decenas de miles de militantes políticos rioplatenses se vio tentado a identificar en Sarmiento - valiéndose de pasajes del *Facundo* - el programa político, económico y social de todas las clases gobernantes en América Latina y que se caracterizan básicamente por su perfil agroexportador - dependiente del mercado mundial, con ausencia de un proyecto industrial y abjurando al mismo tiempo de éste. Sarmiento cobra así estatura como exponente doctrinario de dicha postura, siendo la mente más capaz - y a la vez más perversa - de aquéllos intereses. Terminaremos el apartado mencionando otra modalidad bajo la cual Sarmiento es abordado y

que quizás sea la que mejor y con mayor claridad refleja la fascinación que causa entre los hombres de letras. Nos referimos a la forma ficcional, siendo él mismo personaje actuante de la misma.

Quien desarrolló este género fue el ya citado *Félix Luna*. En “Sarmiento y sus fantasmas” relatado por un tercero, un Sarmiento ya anciano recibe múltiples visitas con las cuales entablará diálogos que recorrerán desde la ironía hasta la emoción, sin dejar de expresar despecho y asimismo reconocimiento final. Uno de los primeros - sino el pionero - en introducir a Sarmiento en la novela histórica fue *Andrés Rivera*. Será en “El amigo de Baudelaire” donde Sarmiento - si no directamente como personaje central - participa activamente de los intersticios de la novela; que tiene en un hacendado porteño recorriendo el París del creador de *Las flores del mal* el eje del relato, pero que en realidad es la excusa para hablar del sanjuanino y de la Argentina post Rosas. Saúl Bedoya, que de él se trata (figura arquetípica de una clase social en ascenso: hacendado, agiotista, derrochador del dinero público, etc): “¿Quién es el señor Sarmiento? ¿dónde acaba el señor Sarmiento?. El señor Sarmiento dijo esto de sí mismo: soy el intermediario entre dos mundos distintos”. También el sanjuanino rondará uno de sus últimos trabajos: “El farmer”, en donde el que habla es el exiliado Rosas en su vejez británica y sin interlocutores cercanos a la vista. *García Hamilton* - de calidad literaria indudablemente menor - presentará a un Sarmiento que sabe vincular los excesos que lindan con la agresión, fruto de su perseverancia en pos de objetivos precisos; con la ternura y debilidad propia de un romántico *avant la lettre* en especial con el sexo débil.

A propósito de esto último, la misma ha dado pie para la creación de una novela corta “Montevideo” compuesta por *Federico Jeanmaire* y que reseña las aventuras del sanjuanino en la ciudad puerto rioplatense y en la cual la figura pública se mimetiza con la privada; combinando hedonismo, amor y proyectos socio políticos por partes iguales. Precisamente, uno de los amores más fuertes -y censurados - de Sarmiento, el que mantuvo con la hija de su amigo Vélez Sarsfield, llevó a otra ficcionalización realizada por *Araceli Bellota* y que permitió acercar al gran público la correspondencia que mantenían y relatar los últimos días de éste en el Paraguay. Por último, un reciente trabajo perteneciente a *Ernesto Romano* sacude el polvo de todas las interpretaciones que existen sobre el sanjuanino. Asevera que Sarmiento -

como el Dante - sentencia a su propia época y al hacerlo se enjuicia a sí mismo. *Épica periodística* y *épica educativa o demiúrgica*, conformarían los posibles géneros de un hombre y una vastísima obra inclasificable, según éste. Aquí culmina pues el itinerario prometido y no exento de omisiones en cuanto al inmenso “arsenal” de escritores, sociólogos y hombres de letras en general que tomaron la pluma para hablar de Sarmiento.

A modo de conclusión: ! No ha muerto !! Vive aún ! está vivo en las tradiciones populares, en la política y revoluciones argentinas

Sarmiento sigue vivo en los albores del siglo XXI. Permanece vigente en primer lugar su vastísima prosa: punto de referencia ineludible de las letras americanas. También la personalidad dinámica y contradictoria que sigue oficiando - como tratamos de demostrar - de musa inspiradora para artistas e historiadores varios. Y además, siguen siendo contemporáneas varias de las preguntas y requisitorias que planteó a lo largo de su vida. Sarmiento siempre fue una figura “molesta” para los círculos gobernantes - aún cuando él mismo se codeó con el poder - y difícil de conformar con el fácil aserto del *hecho consumado*. No así, como señalábamos al comienzo, poseen validez muchas de las respuestas que él pretendió hallar para un país y un mundo que ya no son los mismos.

Como en toda la gama de grandes personajes de la historia humana (y creemos no pecar de exageración en incluirlo allí) tuvo luego de muerto infinidad de “apropiaciones”, “miradas” y “lecturas cognocitivas” que tomaban de él lo que parecía - y servía - a sus propósitos. Quizás uno de los mejores panegíricos - si vale el termino - que se ofrecieron de él, fue dado por otro gran latinoamericano, el peruano *José Carlos Mariátegui* cuando afirmó: “Sarmiento que es todavía uno de los creadores de la argentinidad, fue en su época un europeizante. No encontró mejor modo de ser argentino”. Dirigentes y políticos de todos los signos, en la cumbre del estado o en el llano, identificaron en su presencia el símbolo por lo cual luchaban o aquello a lo que combatían. Sarmiento no “hegemoniza voluntades” en forma absoluta, como un San Martín o un Belgrano y eso habla en favor de su *hospitalidad a lo antagónico* o lo que Alberdi entreveía (¿lo decía con sinceridad?) como *inconsecuencia*. Creemos que no es ésta, precisamente, una de sus menores virtudes.

Bibliografía utilizada

ALTAMIRANO C. y Sarlo B. (1983). Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia. Buenos Aires. CEAL.

ANDERSON IMBERT, E. (1967). Genio y figura de Sarmiento. Buenos Aires. Eudeba.

BELIN SARMIENTO, A. (1929). Sarmiento anecdótico. Saint Cloud.

BELLOTA, A. (1999). Aurelia Velez, la amante de Sarmiento. Buenos Aires. Planeta.

BORGES, J..L. (1975). Prólogos, con un prólogo de prólogos. Buenos Aires. Torres Agüero.

BOTANA, N. (1996). Sarmiento una aventura republicana. Buenos Aires. FCE.

CAMPOBASSI, J. (1975). Sarmiento y su época. Buenos Aires. Losada.

CÚNEO, D. (1982). Sarmiento y Unamuno. Buenos Aires. Universidad de Belgrano.

ECHEVERRÍA, E. (1938). Dogma socialista. Buenos Aires. W. Jackson.

FEINMANN, J.P. (1983). Filosofía y Nación. Buenos Aires. Legasa.

(1996). La sangre derramada. Buenos Aires. Planeta.

FRANCO, L. (1958). Sarmiento y Martí. Buenos Aires. Lautaro.

(1968). Sarmiento entre dos fuegos. Buenos Aires. Paidós.

GALEANO, E. (1972). Las venas abiertas de América Latina. México. Siglo XXI.

- GÁLVEZ, M. (1945). Vida de Sarmiento, el hombre de autoridad. Buenos Aires. Emecé.
- GALLO, E y Cortés Conde, R. (1982). Argentina, la república conservadora. Buenos Aires. Hyspamérica.
- GARCIA HAMILTON, J. (1998). El cuyano alborotador. Buenos Aires. Sudamericana.
- GOLDMAN, N. (Directora). (1999). Revolución, república, confederación (1806-1852). Buenos Aires. Sudamericana.
- HALPERIN DONGHI, T. (1992). Una nación para el desierto argentino. Buenos Aires. CEAL. (1998). Prólogo a Campaña en el Ejército Grande. Buenos Aires. Universidad Nacional de Quilmes.
- INGENIEROS, J. (1960). El hombre mediocre. Buenos Aires. Losada.
(1957). La evolución de las ideas en la Argentina. Bs. As. Claridad.
- JAURETCHE, A. (1973). Manual de zonceras argentinas . Buenos Aires. Peña Lillo.
- JEANMAIRE, F. (1996). Montevideo. Bogotá. Norma.
- JITRIK, N. (1983). Muerte y resurrección de Facundo. Buenos Aires. CEAL.
- LUGONES, L. (1967). Historia de Sarmiento. . Buenos Aires. Kapeluz.
- LUNA, F. (1997). Sarmiento y sus fantasmas. Buenos Aires. Atlántida.
- MARIÁTEGUI, J. C. (1972). Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana. Lima. El Amauta.

MARTINEZ Estrada, E. (1965). Sarmiento. Buenos Aires. Sudamericana.

ORTEGA PEÑA R. y Duhalde, E. (1975). Felipe Varela. Buenos Aires. Schapire.

PALACIO, E. (1972). Historia Argentina: 1515 - 1957. Buenos Aires. Peña Lillo.

PALCOS, A. (1962). Sarmiento. La vida, la obra, las ideas, el genio. Buenos Aires. Emecé.

PASO, L. (1965). Los caudillos y la organización nacional. Buenos Aires. Editorial Futuro.

PEÑA, David: Juan Facundo Quiroga. Hyspamérica, 1983

PEÑA, M. (1964). De Mitre a Roca. Buenos Aires. Fichas.

(1964). Alberdi, Sarmiento y el 90. Buenos Aires. Fichas.

PIGLIA, R. (1988). Respiración artificial. Buenos Aires. Sudamericana.

(1990). Crítica y ficción. Buenos Aires. Siglo Veinte.

PISANO, N. (1980). La política agraria de Sarmiento. Buenos Aires. Depalma.

PONCE, A. (1976). Sarmiento, constructor de la Argentina. La vejez de Sarmiento. Buenos Aires. Solar Hachette.

PUIGGRÓS, R. (1997). La democracia fraudulenta. Buenos Aires. Corregidor.

RAMOS, J..A. (1957). Revolución y contrarrevolución en Argentina. Buenos Aires. Amerindia.

RIVERA, A. (1995). El amigo de Baudelaire. Buenos Aires. Alfaguara.

(1998). El farmer. Buenos Aires. Alfaguara

ROJAS, R. (1945). El profeta de la pampa. Buenos Aires. Losada.

ROMANO, E. (12-09-2002). SARMIENTO Y LA DIVINA COMEDIA ARGENTINA, Confines, Nro 11.

ROMERO, J.L. (1996). Breve Historia de la Argentina. Buenos Aires. FCE.

ROSA, J.M. (1954). Defensa y pérdida de nuestra soberanía económica. Buenos Aires. Haz.

SABATO, E. (1979). Apologías y rechazos. Buenos Aires. Seix Barral.

SAER, J.J. (1997). El concepto de ficción. Buenos Aires. Ariel. 1997

(1992). El río sin orillas. Madrid. Alianza.

SALDÍAS, A. (1892). Historia de la Confederación Argentina. Buenos Aires.

SARMIENTO, D.F. (1950). Obras Completas. Buenos Aires. Luz del Día.

(1946). Epistolario Sarmiento-Posse. Museo Histórico Sarmiento.

SAZBÓN, J. (2002). Historia y representación. Buenos Aires. Univ. Nacional de Quilmes.

SCAVINO, D. (1996). Las formas de la guerra en Sarmiento. Buenos Aires. El Cielo por Asalto.

SVAMPA, M. (1996). Civilización o Barbarie: de Sarmiento al revisionismo peronista. Buenos Aires. El Cielo por Asalto.

TERÁN, O. (1986). En busca de la ideología argentina. Buenos Aires. Punto Sur.

VIÑAS, D. (1973). Literatura argentina y realidad política. Buenos Aires. Siglo XX.

WEINBERG, F. (1988). Las ideas sociales de Sarmiento. Buenos Aires. Eudeba.

Para citar este artículo:

Parson, Guillermo Jorge (30-08-2007). SARMIENTO: UNA MIRADA A LA PERSONALIDAD Y SU INFLUENCIA EN EL TIEMPO. HOLOGRAMÁTICA - Facultad de Ciencias Sociales UNLZ Año VI, Número 7, V3, pp.109- 135, ISSN 1668-5024

URL del Documento : <http://www.cienciared.com.ar/ra/doc.php?n=750>